

1. EL PRINCIPIO DE ACTIVIDAD EN LA ENSEANZA

La primera y más acuciante preocupación de la Didáctica actual es poner de relieve la necesidad de una enseñanza muy activa, si ha de traducirse en un verdadero aprendizaje. La autoactividad del alumno se encuentra en el centro de toda metodología didáctica, y hacia ella han de converger las direcciones del docente.

Es un postulado pedagógico que todo aprendizaje está en función de la autoactividad que ha de desarrollar el alumno para posesionarse de unos saberes.

Subrayamos el *para*, es decir, el *sentido final* de una actividad, porque no siempre la actividad es educativa. Toda actividad no conduce a una adquisición valiosa, no lleva a un aprendizaje en el genuino sentido de la palabra.

En un concepto muy amplio, autoactividad es una actividad *espontánea*. Se origina por exigencias del desarrollo personal. Se opone a una actividad *impuesta* desde fuera, a un trabajo obligado o forzado.

El campo de la autoactividad educativa es, sin duda alguna, mucho más extenso en el niño que en el adulto. El organismo psicofísico del niño, en pleno crecimiento, lleno de posibilidades y ávido de movimiento, precisa, para su desarrollo armónico y equilibrado, poner en juego muchas actividades en todas las dimensiones de su ser. De aquí, que la enseñanza que sepa poner en acción lo más posible del ser infantil, *enriqueciendo* su personalidad, es la única verdaderamente adaptada y eficaz, agradable y fecunda.

Autoactividad, insistimos, que enriquezca o haga crecer psicofísicamente al niño, porque la actividad por la actividad, es decir, sin que nazca

Por CONSUELO SANCHEZ
BUCHON

Jefe del Departamento de Planificación

Plasmación del principio de actividad en el texto escolar

de una necesidad (1), y, por tanto, ofrezca una finalidad fuera de ella, es un *activismo* que debe rechazarse de plano en la labor escolar.

Un ejemplo aclarará más lo que pretendemos decir. Se propone a los niños que hagan un trabajo manual, podría ser una pajarita de papel. Mientras este ejercicio haga más flexible o adiestre la mano o se produzca una *necesidad* de auto-expresión o, mejor aún, sea una *llamada* a la *inteligencia*, haciendo que despierte posibilidades y que se le *insinúen nuevos horizontes*, será una verdadera actividad educativa. Pero, si todo esto ya está logrado y los niños siguen haciendo pajaritas de papel, habrá, sí, un movimiento de manos, seguirá siendo una actividad, pero ya *no educativa*. Este ejercicio sólo servirá para engañar al docente, que crea que los niños desarrollan una actividad, cuando sólo se está consiguiendo con ello realizar un movimiento que los *aburre*, los mecaniza, les hace perder tiempo y, lo que es peor, retarda todo proceso de aprendizaje.

(1) Decimos necesidad en un sentido amplio y totalitario. No nos referimos sólo a una necesidad somática, a una tendencia instintiva o del orden inferior. Tenemos presente que en el hombre, y también en el niño, por tener cada potencia vital su propio bien, se da con bastante frecuencia una anarquía de tendencias, que reclaman un principio de jerarquización o de orden. El alumno tiene *derecho* a ser guiado para salir de esta anarquía. Y, en consecuencia, el educador consciente y responsable tiene el *deber* de estimular aquellas necesidades o intereses en el niño, cuya satisfacción enriquezcan su creciente personalidad.

En todo niño sano, la pereza es muy rara. Lo que se cree pereza es el fruto de unos procedimientos que no son activos. Son los procedimientos los engendrados de la pereza. Esta no se da en la Escuela activa.

Todo esto es muy digno de tenerse en consideración y que el docente, o el *libro*, reflexione sobre las actividades que pide, pues si en este ejemplo parece verse muy claro su fallo educativo, en otros no se presenta tan evidente y, sin embargo, perjudican no menos a la formación del niño.

Resumiendo, podríamos decir que entendemos por autoactividad educativa la que realiza el educando por una *interesante motivación* y que la ejerce *sin ser forzado*, *consiguiendo por ella*, unas determinadas *metas de aprendizaje* escolar y un estímulo al espíritu de creatividad, que deben existir en todo niño sano.

2. LOS TEXTOS ESCOLARES

En la Escuela (2) existen o deben existir varios tipos de libro. El libro es un medio auxiliar del que no puede prescindirse.

En un primer lugar pueden considerarse básicos los libros *de texto* o estudio y los libros *de trabajo*. En ocasiones, se han unido ambos. Nos parece más práctico que constituyan dos volúmenes distintos. De un lado, el libro de estudio o texto; de otro, el libro o cuaderno de trabajo, aunque íntimamente relacionados (3).

Además de estos libros básicos ocupan lugar destacado los *de lectura*, que cubren dos objetivos: primero,

(2) Nos referimos a los libros del alumno; por esto prescindimos del libro del Maestro que, cuando está bien concebido, puede ser un instrumento muy útil.

(3) El motivo de la separación es principalmente por razón económica, ya que el libro o cuaderno de trabajo se gasta, puesto que el alumno debe consignar en él distintas actividades o realizar diversos ejercicios.

libros que ayudan a conseguir el hábito lector; segundo, aquellos otros que el niño utiliza para responder a su curiosidad, que es el gran estímulo para el verdadero saber.

También tienen su importancia los libros de *referencia*, que son los que deben manejarse para obtener ampliación sobre un determinado conocimiento o para conseguir un dato determinado. En esta línea se encuentran los diccionarios (4), las revistas, los anuarios y, en general, cualquier libro de consulta.

Y cada vez adquieren más relieve los libros o cuadernos de control, que los escolares deben utilizar para poder, ellos mismos, enjuiciar o comprobar en qué grado alcanzan los objetivos de su trabajo y conseguir auto-corregirse.

El maestro debe poner gran empeño en que sus alumnos utilicen todos estos libros. Y, sobre todo, enseñarles su manejo y la especial utilidad que cada uno reporta como complemento. Así conseguirá dar un carácter más funcional, personal y activo a mucho material con el que conviene se familiarice el niño.

En la presente exposición vamos a reducirnos al libro de texto o estudio. Concretamente, a los libros de Unidades Didácticas. En torno a ellos haremos unas sencillas reflexiones sobre cómo debe plasmarse el principio de actividad, del que ya hablamos de modo general en el primer punto. Pero aunque nos centramos en los libros de Unidades Didácticas, hay que tener presente que para ser realmente activo, el texto, tendrá que hacer continuamente referencia a los demás.

3. EL LIBRO DE TEXTO Y LAS EDADES DEL NIÑO

El libro de estudio o texto tiene como objetivo principal, fijar en el niño unos hábitos y unas nociones fundamentales, claras, precisas y fecundas. Para lograr este cometido es de absoluta necesidad cuidar mucho el principio de actividad, puesto que ha de estimularse lo más posible el complejo proceso del aprendizaje.

Para establecer convenientemente el número y la calidad de las distintas actividades que reclame el libro, lo primero que se ha de tener en cuenta es la edad del niño.

Cuanto más joven sea el alumno, el libro habrá de proponer un mayor número de actividades para conseguir los hábitos y nociones propias de su edad.

Los libros de los primeros cursos —que exigen muchas y variadas actividades— caminan entre dos riesgos, que conviene examinar para poder orillarlos.

Primer riesgo o escollo: Falta de actividades o ejercicios adecuados.

Se ha dicho, y con gran razón, que hay que huir de una enseñanza librecasca, memorista, intelectualista, que se propone llenar la mente infantil de nociones.

En ese tipo de enseñanza se ha ignorado que a los saberes sólo se llega por el camino del contacto vital con la naturaleza y la vida, por muchos ejercicios preliminares a la noción, por un variado *hacer*, que desemboca en conceptos o que los explica, aclara y, en ocasiones, los aplica, por un tener en cuenta la experiencia del discente. Se ha olvidado que las ideas, aun las más sencillas, tienen una puerta de entrada: la experiencia (5).

Necesariamente ha de faltar asimilación de nociones, donde no se ha sabido despertar, con anterioridad a ellas, curiosidad, apetito o necesidad de adquirirlas, y no se haya procurado un ambiente o clima que predisponga al aprendizaje.

Y todo este bagaje circunstancial que se concreta en muy variadas actividades, *lleva tiempo*, que ha de sustraerse al que en muchas ocasiones se ha dado a la simple exposición de nociones.

De otro lado, se preconiza —porque es la única verdadera— una educación integral. Es decir, la formación ha de dirigirse a toda la personalidad del educando, de modo jerárquico y armónico. Hay que atender por lo menos a los cinco sectores de los Cuestionarios oficiales. Las Unidades Didácticas son una *secuencia* de ese todo.

(5) «Nada hay en la inteligencia que de algún modo no haya penetrado por los sentidos», reza el viejo aforismo, *siempre* de actualidad. Se ha dicho también, con gran razón, que para aprender algo hay que *saber algo* antes.

Ocupan sólo la quinta parte. Por consiguiente, el libro de Unidades Didácticas —en el que se darán cita los otros sectores— no puede pretender que el niño adquiera todas las nociones de que acaso fuera capaz, sino aquellas que convengan a ese su *carácter secuencial*. No podrá desbordar su contenido con perjuicio del resto. Es una edad en que, por ser el niño principalmente rico en posibilidades, *todo* tiene su importancia, no sólo la adquisición de unas nociones. No puede desvalorizarse ninguna dimensión de la personalidad.

Segundo riesgo o escollo: Activismo.

Pero también amenaza el peligro de exagerar las verdades anteriormente expuestas: el que la actividad conveniente y fecunda sea sustituida por un activismo.

El que los libros se *presenten* en forma muy *atrayente*, con muchas imágenes y con gran exigencia de todo tipo de actividades, estará bien, siempre que no se olvide la finalidad del aprendizaje y no haya menoscabo del *fondo*. Hay que evitar se vacíe el libro del contenido nocional o habitual adecuado. Hay que establecer bien *claras* las adquisiciones, que sin merma de la atención a *toda* la personalidad del niño, *pueden* en el mejor caso conseguirse y, en función de ellas, planear las actividades.

Precisamente las Unidades Didácticas no son limitadoras de unos conocimientos. Bajo su rótulo concreto son fecundas en muchos saberes, se abren a dilatados horizontes a los que el niño debe asomarse.

El texto escolar ha de tener en cuenta ese carácter *no limitativo*, concluso e cerrado. Ha de ser, como el espíritu de las Unidades Didácticas, *estimulante*, *sugerente*, *abierto* a muchas ideas, *roturador* de nuevos caminos, abundante en contenido.

Esta riqueza en las adquisiciones es precisa, porque además, el libro ha de ser elaborado teniendo en cuenta las edades del alumno. La edad del alumno no es sólo la cronológica, sino también la mental, la afectiva, etc., que se modifican entre sí. Edades todas no muy determinadas, ni con fronteras muy claras, porque el ambiente, que sobre todo hoy rodea al pequeño, está tan lleno de estímulos, que confiere a las edades una gran movilidad.

(4) Véase lo que decimos en este mismo número de VIDA ESCOLAR en el artículo «Uso del diccionario en la Escuela».

El libro, por consiguiente, no puede reducirse al nivel mínimo. Ha de buscar los niveles máximos dentro de su carácter secuencial, a fin de dar lugar a un mayor ajuste a la posibilidad, disposición, ritmo de cada alumno, para que el que pueda aprender poco, aprenda poco, y el que pueda aprender mucho, aprenda mucho.

Labor del docente es enseñar al niño a utilizar su libro de texto. No tiene que aprender o hacer todo lo que indica el libro. Sólo se fijará en lo que le interese o se le adapte (6). Es el maestro, con su tacto didáctico, el que en muchas ocasiones habrá de concretar, centrar o ampliar el campo de los intereses del escolar para que extraiga del libro la enseñanza adecuada y conveniente, y que, en todo caso, será muy activa.

LA AUTO-ACTIVIDAD EN EL LIBRO DE TEXTO

El libro de texto lo primero que ha de proponerse para conseguir su objetivo —adquisición de nociones y hábitos— es el de promover una gran auto-actividad en el discente.

Como la auto-actividad es consecuencia de una necesidad de crecimiento, es claro que habrá que hacer una distinción entre las actividades que se propongan a los niños de los dos o tres primeros cursos, y las que hayan de proponerse a los de cursos posteriores.

A) En los primeros años, los ejercicios que se indiquen en el libro, buscarán ante todo:

- Desarrollar el lenguaje principalmente en los aspectos de enriquecer el vocabulario y facilitar la conversación.
- Despertar el sentido matemático.
- Poner muy en contacto con la naturaleza y el contorno social.
- Avivar el espíritu de observación.

(6) El libro de texto podrá ofrecer en letra más grande, o con una llamada: «Lo que tienes que aprender», las adquisiciones a que todo niño normal debe llegar —nivel mínimo—. Y en letra más pequeña, o con el rótulo «Hay otras cosas que puedes aprender», hará alusión a los niveles máximos. Puede también establecer el libro esta triple gradación: «Lo que debes saber o hacer», «Lo que *con* vendría supieras o hicieras» y «Lo que *podrías* llegar a saber», así se facilitaría la elección y el ajuste.

- Llamar a la imaginación creadora para poner en juego la inventiva y su necesidad de *auto-expresión*.
- Llevar a una manipulación muy variada.
- Estimular la *necesidad* y la *curiosidad* para interesar al alumno en las nociones adecuadas a su edad.
- Partir de la experiencia del niño, agrandando cada vez más su círculo.
- Responder a las exigencias infantiles de movimiento y de acción.

B) En los años posteriores sin perder estas actividades, las aminorará para dejar paso a otras más en consonancia con sus nuevas exigencias de crecimiento intelectual, razonador, social, cultural, etc., que abarcan otras profundidades del ser y que el libro debe recoger, si ha de dar la motivación conveniente.

Para lograr un gran coeficiente de auto-actividad en el libro de texto, vamos sencilla y brevemente a exponer algunas sugerencias.

El libro promotor de auto-actividad:

- No puede ser una enciclopedia que responda a unos cuestionarios oficiales de un modo conclusivo, tajante, categórico.
- No es ayuda de la memoria, sino estímulo eficaz para el proceso de aprender.
- No debe dar hecho, lo que el niño, sin él, puede hacer o conseguir. No puede ser suplantedor del escolar.
- Tiene continuamente que invitar al alumno a que busque complemento fuera de tu texto. Se entiende que el hallazgo debe ser fácil y totalmente asequible. Siempre se completará con el cuaderno de trabajo, donde se anoten ejercicios, interrogaciones, observaciones, que tendrá que aclarar, etc.
- Conviene que cambie muchos de sus postulados en problemas, problemas cuya solución recta esté al alcance del estudiante. Así, se despierta un interés, del que carece una verdad obtenida sin esfuerzo.
- Pedirá se destaque lo fundamental y capital del contenido e

invitará a que se saquen consecuencias.

- La presentación de verdades, las hará siempre que sea susceptible —y lo es muchas veces—, ayudando al escolar a que las descubra. No significa este procedimiento que el alumno recorra todo el camino seguido por el hombre en la conquista de una verdad. Ni habría tiempo y, además, sería un esfuerzo inútil. Lo que se preconiza es que, ayudado y dirigido por el libro, recorra un camino sin suprimir las *fases esenciales* que condujeron al descubrimiento, para que la curiosidad satisfecha, la graduación y el éxito anejos a este proceso, le hagan tener la ilusión de sentirse autor, descubridor.

Y es una gran realidad, que nunca se olvida lo que hemos descubierto.

Propondrá fáciles trabajos de investigación que les lleve a indagar la realidad de los hechos, a interpretar escenas y sucesos y a la realización de sencillas experiencias (7).

- Debe tener un apéndice con ejercicios de control o auto-corrección, para que los mismos alumnos comprueben si han logrado los objetivos. Es altamente educativo que los escolares se auto-corrijan, así comprenden la causa y el proceso de su error y se previenen para los sucesivos trabajos.
- También debe recabar del alumno el planteamiento de nuevas actividades y fomentar su espíritu creador y de iniciativa.

En resumen, el libro de texto ha de ser el compañero amable, que ayude eficaz y agradablemente en la conquista personal de la verdad y de la cultura, que enseñe el modo de llegar con seguridad a los conocimientos, que estimule a una valiosa creatividad, que empuje siempre a metas personales más altas.

(7) Hay muchos modos de investigar: búsqueda bibliográfica, información sobre el contorno, elaboración de encuestas, juzgar informaciones, etc. Hay incluso una serie de juegos que llevan a sencillas experiencias sobre el cultivo de plantas, reacciones químicas, etc.